

Pulsión de Muerte

A 100 años de una revolución teórica¹

Juan Vives Rocabert

Hace exactamente 100 años, Freud dio a la imprenta un escrito *-Más allá del principio del placer-*, que resultó seminal y provocó una auténtica revolución científica tanto dentro como fuera del ámbito psicoanalítico. Hoy, cien años después y como nunca antes, quedamos asombrados de la intuición que tuvo el creador del psicoanálisis, sobre todo en virtud de que, lamentablemente, estamos asistiendo cotidianamente a la constatación de la presencia de esa fuerza destructiva, disolvente y siniestra, que es el instinto de muerte. En estos momentos, cuando estamos inmersos en una sociedad que está en pleno proceso de deterioro y su tejido social está desmoronándose a la vista de todos, cuando la corrupción y la impunidad campean soberanamente, cuando los asesinatos y los secuestros son lo cotidiano, cuando el crimen - de los narcotraficantes o del Estado, no importa- es la noticia de todos los días en nuestro entorno social, no podemos más que admirar la perspicacia de Freud al postular dicha fuerza destructiva siempre midiendo sus fuerzas con el Eros universal.

Por si hiciera falta, también hemos entrado en una situación de particular vulnerabilidad al quedar inmersos, como el resto del mundo, en una peligrosa pandemia que nos arrostra con el fenómeno de la muerte y que despierta en todos nosotros aquella sensación primigenia de indefensión original que nos impele a la necesidad de recurrir, en el imaginario de todos, a poderes superiores con los que podamos sentirnos a cobijo de las amenazas a las que dicha pandemia de Coronavirus nos enfrenta. La muerte no sólo ha cobrado una siniestra popularidad, sino que se ha hecho alarmantemente posible. Tenemos que admitir que la actualidad de la muerte siempre despierta y actualiza en la gente, y más en estos tiempos de

¹ Conferencia Magistral programada para ser leída durante la Reunión Científica Anual "Sigmund Freud" de la Asociación Psicoanalítica Mexicana, en el mes de mayo del 2020, evento que tuvo que ser suspendido en virtud de la Pandemia de Covid19

pandemia, cierto conocimiento inconsciente acerca de esas fuerzas internas que tienden a desorganizar nuestra mente y acabar con nuestra vida.

Por su parte, no deja de ser paradójico tener que enfrentar el hecho de que el mayor predador de los seres humanos, que nos reputamos como el punto más alto en la escala evolutiva de la filogenia, sean unas particular de ARN, punto de partida de la evolución, primeros rudimentos que hicieron posible la duplicación y reproducción de ese fenómeno único llamado vida. Aunque para muchos es difícil suscribir las tesis de retorno a lo inorgánico de Freud en relación al instinto de muerte, no deja de ser siniestro que nuestro más remoto antecesor de la vida sobre el planeta, aquello de lo que hemos partido hace 4,000 millones de años, sea ahora la mayor amenaza para nuestra especie, entidades elementales pero que se presentan -para decirlo en palabras de Shakespeare- a cobrar “su libra de carne”.

Más allá del principio del placer, es un trabajo que pretendía llevar a cabo una revisión de la metapsicología, teoría en la que se había hecho necesaria una tercera formulación de sus postulados instintivos que, tenemos que recordarlo, era una suerte de mitología que se mantenía vigente por su valor heurístico, pero siempre en busca de una mejor formulación teórica. Recordemos que la primera teoría, escrita en la senda trazada por su muy admirado Charles Darwin, había postulado en 1905 en sus *Tres ensayos para una teoría sexual*, una conceptualización en la que dividía las fuerzas impulsoras del psiquismo en instintos sexuales e instintos de auto-conservación. Resultaba claro que el fin de los instintos sexuales es la descarga y, por este medio, liberarse de la tensión sexual creciente originada en diversas partes del cuerpo; pero, ¿cuál era el fin de los instintos de auto-conservación? La lógica nos dice que el fin de esos instintos es la preservación del organismo como ser vivo, sin embargo, según define Freud a los instintos en *Los instintos y sus vicisitudes*, sería también la descarga. Pero ¿cómo se llevaría a cabo la descarga de los instintos de auto-conservación? Este es un problema no aclarado en la primera teoría instintiva. Quizás por ello Freud a veces prefería hablar, en relación a los instintos de auto-conservación, de “necesidades” o de “funciones de importancia vital”.

Esta primera formulación fue posteriormente modificada en 1914 al escribir su *Introducción al narcisismo* en donde nos expuso su nueva teorización y el descubrimiento de que la energía de los instintos sexuales era la misma que la energía de los instintos del Yo,

es decir, la libido, que de esta forma podía investir al propio Yo -con lo cual aparecía como libido narcisista- o podía investir al objeto -por lo que se le nombraba como libido objetal. Los conceptos vertidos en 1914 representaban un serio *impasse* para la teoría psicoanalítica de las neurosis que se basaba en la noción de conflicto entre los instintos sexuales y los instintos del Yo; ahora, gracias a su reciente descubrimiento alrededor del narcisismo, Freud había desembocado en una teoría monista de la libido, por lo que ya no tenía el argumento dualista para postular su teoría del conflicto entre dos tipos de fuerzas como base de explicación de las neurosis -además de que esta nueva concepción le acercaba peligrosamente a la propuesta que había hecho su otrora delfín Carl G. Jung quien insistía en la existencia un solo tipo de energía psíquica.

Este problema se resolvió finalmente cuando, en 1920, dio a la prensa su tan controvertida tercera teoría instintiva en un texto denominado *Más allá del principio del placer*, título con fuertes reminiscencias nietzschianas, donde agrupa a los instintos sexuales y los de autoconservación dentro del ámbito de un instinto de vida o Eros universal, mientras que, opuestos a esta fuerza cohesionante, instituyó a los instintos de muerte; postulación con la que pudo restablecer una teoría instintiva de tipo dualista y, por tanto, retomar la posibilidad de entender la teoría del conflicto neurótico -y a la vida misma- como la resultante entre ambos tipos de fuerzas instintivas.

Las anteriores ideas habían tomado inspiración en la obra de G. T. Fechner titulada: *Algunas ideas sobre la historia de la creación y evolución de los organismos*, de 1873, escrito donde formula también el importante concepto de umbral. En esta obra se postula la tendencia del aparato psíquico a mantener y conservar lo más baja posible cierta cantidad constante de excitación, demanda que daría origen al Principio del placer -derivado de este Principio de constancia fechneriano. El Principio del placer corresponde al funcionamiento del proceso primario, por lo que normalmente hay una inhibición de dicho principio en virtud de las dificultades que a su gratificación opone la realidad del mundo externo. De hecho, bajo el influjo del instinto de conservación, el Principio del placer tiene que ser sustituido por el Principio de la realidad que, sin abandonar el propósito del primero, tiene que aplazar su gratificación hasta encontrar las condiciones adecuadas para ello.

Pero ocurre que también surgen conflictos en el propio seno del aparato psíquico creando otros motivos de displacer. Aunque la energía del Yo proviene de fuentes instintivas, no todos los impulsos instintivos pueden ser admitidos ya que algunos resultan incompatibles con los demás y son, por tanto, reprimidos. Si gracias al retorno de lo reprimido estos instintos logran gratificarse por caminos indirectos, esto también es vivido como displacentero por el Yo. “Todo placer neurótico -dice Freud- es de esta naturaleza: placer que no puede ser sentido como tal.”

Desde esta perspectiva podemos entender que en los infantes, con un aparato psíquico apenas en formación, los umbrales sean más bajos y, por tanto, susceptibles de vivir como displacenteros -incluso como traumáticos- estímulos de una intensidad relativamente baja.

El hecho es que ahora Freud nos confronta con el hecho de que hay formas del funcionamiento mental que no obedecen a la que pensaba era una ley general del aparato psíquico y descubre que hay fenómenos que emergen y se repiten pese a resultar enormemente displacenteros, incluso francamente dolorosos, fenómenos que están más allá del universal Principio del placer.

Debemos entender, empero, que si bien es cierto que la teoría de las pulsiones transita por tres momentos paradigmáticos representados por *Tres ensayos de teoría sexual*, *Introducción al narcisismo* y *Más allá del principio del placer*, también tenemos que admitir que cada una de sus formulaciones está preñada de problemas tanto conceptuales como en relación a sus respectivas significaciones en relación a la teorización clínica y la psicodinamia de las neurosis, psicosis y perversiones. (Vives, 2013). Por tanto, este paso de 1920 no fue fácil para Freud quien dio muchos rodeos antes de decidirse por esta nueva y muy revolucionaria idea. La historia ha dejado consignado que, en marzo de 1919, Freud le comunicó a su apreciado amigo Ferenczi estar escribiendo -casi simultáneamente con el escrito titulado *Lo siniestro*- un texto que tenía como tema el poder ir más allá del principio del placer. Luego de dos meses ya tenía preparado un primer borrador de su trabajo, y para el mes de septiembre pudo enviarles sendos manuscritos a Abraham y Eitingon con el fin de recabar los comentarios críticos de sus colegas y alumnos. Un poco más tarde, en mayo de 1920, pudo retomar su interrumpido trabajo, y corregirlo y, hasta entonces pudo finalmente completarlo introduciendo en el sexto capítulo -un tanto sorpresivamente- el concepto de

instinto de muerte, para presentarlo al mes siguiente en la Sociedad Psicoanalítica de Viena. Finalmente, su trabajo se publicaría al final de dicho año de 1920, hace exactamente cien años, texto en el que, curiosamente -repetimos- , sólo hasta su sexto apartado hace su aparición el concepto de instinto de muerte.

Pero, para no adelantarnos, tenemos que mencionar antes el hecho de que con el fin de poder entender la dinámica de las psiconeurosis, Freud necesitó algún tipo de teorización sobre un aparato psíquico² (sin relación alguna con la neurofisiología aprendida en el laboratorio de su admirado maestro Ernst Brücke) en el que ocurrían dichas manifestaciones -normales y patológicas- y, además, necesitó la teoría de algún tipo de energía o fuerza que pudiera dinamizar a dicho aparato y explicar su funcionamiento. De ahí la necesidad de construir una teoría instintiva que diera cuenta de la energía -la libido- que hace posible el funcionamiento del aparato mental. Dicha teoría instintiva vendría a ser una suerte de mitología dentro de la teoría psicoanalítica; mitología pero necesaria.

Scarfone coincide en que el concepto de pulsión fue ideado con el fin de dar cuenta de la noción de energía o fuerza dentro del aparato psíquico. Sin embargo, nos advierte que el término *Trieb* viene de una larga tradición dentro de la lengua alemana y no fue descubierta por Freud. Interesante es la definición que Scarfone nos recuerda de Wolf para quien “no somos movidos por la sola promesa de un placer, sino empujado hacia el objeto por el placer de <conocimientos vivos>” (Scarfone, 2004, p. 12); en otras palabras, el aparato psíquico está ávido de información (como diríamos hoy) acerca del medio ambiente, ya que mientras más datos tenga sobre la realidad que le circunda mayores posibilidades de sobrevivencia tendrá en dicha realidad.

Sabemos que una de sus más sólidas descripciones de lo que un instinto es estuvo plasmada en su magistral trabajo de metapsicología de 1915, titulado *Los instintos y sus destinos* (Freud, 1915), donde estableció la siguiente definición: “Si consideramos la vida anímica desde el punto de vista biológico, se nos muestra el ‘instinto’ como un concepto límite entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos procedentes del interior del cuerpo, que arriban al alma, y como una magnitud de la exigencia

² En mi trabajo “La constitución del aparato psíquico” (Vives, 2006) ofrezco la descripción de las distintas etapas por las que transcurrió dicha teorización.

de trabajo impuesta a lo anímico a consecuencia de su conexión con lo somático”, agregando que dichos instintos se caracterizan por tener un origen (en el cuerpo), una fuerza (dada esencialmente por factores constitucionales), un objeto (gracias al cual el instinto se descarga, y que resulta lo más variable), y un fin (la descarga de la energía para recuperar el estado de reposo anterior).

Una de las preguntas claves en torno de la evolución del pensamiento freudiano es: ¿cómo fue que Freud pudo transitar desde el concepto de agresión, presente en toda su obra, a la polémica postulación de un instinto de muerte? Nos queda claro que fue un camino preñado de dificultades, dado que desde sus inicios, Freud se opuso tenazmente a admitir la presencia de “instintos agresivos” que existirían a la par que los sexuales. De hecho, en la historia del movimiento psicoanalítico tenemos la evidencia de que tanto Joseph Breuer como a Alfred Adler adelantaron, en su tiempo, el concepto de un instinto agresivo. El primero, Breuer, ya le advertía a su protegido y colaborador acerca de fuerzas agresivas presentes al mismo tiempo que las de corte libidinal. De la misma forma, Adler entendía dicha alternativa energética, incluso hizo depender toda la psicopatología debido a la presencia de instintos agresivos, en vez de la centralidad de la sexualidad que postulaba Freud. Finalmente, también Wilhelm Stekel en su obra sobre los sueños (Stekel, 1911), adelantó el concepto de “pulsión de muerte” -incluso acuñó el término Tánatos (nunca usado por Freud). Un año más tarde, también Sabina Spielrein (1912) anticiparía la noción de una pulsión de muerte en un trabajo un tanto confuso.

Es claro que tuvo que ocurrir una catástrofe mundial (la llamada Gran Guerra), situación que, entre otras cosas, hizo que Freud se quedara sin pacientes y, por tanto, con mucho tiempo libre para pensar y escribir. Además, como tenía la fantasía de que iba a morir pronto, esto determinó que se dedicara a la compilación y sistematización de sus ideas. Fueron estas circunstancias las que le decidieron para hacer una suerte de gran síntesis sobre su teoría psicoanalítica y se dio a la redacción de doce trabajos sobre metapsicología -de los que sólo sobrevivieron cinco, considerando a los demás como fallidos- que han resultado definitorios. También promovió dar a la imprenta una serie trabajos sobre técnica psicoanalítica, para dejar una base más o menos sólida para la praxis de la disciplina que había descubierto; y, finalmente, también el desempleo hizo posible que se comprometiera a

dictar dos ciclos de Conferencias en la Universidad de Viena, lo que implicó un gran esfuerzo de revisión de sus teorías (luego dadas a la imprenta como las *Lecturas introductorias al psicoanálisis*). Pero, lo más importante de todo es que esta revisión general hizo que Freud se diera cuenta de la existencia de algunas fallas, inconsistencias y cojeras dentro de sus teorizaciones.

Pese a sus reticencias y la necesidad de salvaguardar la importancia que la sexualidad tiene en el desarrollo y la vida de los seres humanos, es claro que el tema de la agresión le inquietaba desde muchos años antes. Si tomamos en cuenta algunas de las teorizaciones del primer Freud, advertiremos desde muy temprano una serie de temas y problemas relacionados con la depresión (a la que Freud se refería con el término de melancolía) y que tenían que ver (según teorizó posteriormente) con la acción de la agresión en contra del propio sujeto. De esta manera, sus estudios sobre la neurastenia (uno de cuyos síntomas es la “astenia psíquica”) tenían que ver con la depresión; incluso sus búsquedas en torno de la cocaína (droga que se auto-administraba generosamente) tenían como objetivo resolver el problema de la depresión -es decir, la cocaína usada como antidepresivo- y a lo que mucho más adelante pudo teorizar como una forma de agresión dirigida hacia el propio sujeto.

Si tenemos en cuenta un concepto tan central como el de trauma sexual, hallazgo primordial de sus primeras investigaciones, advertiremos que aunque Freud se enfocó primordialmente en el segundo término (lo sexual), la noción de trauma tenía que ver con el abuso, y apuntaba directamente hacia la advertencia de conductas agresivas, realizadas en el terreno de lo sexual. Pese a que Freud siempre enfatizó la problemática sexual, en toda agresión sexual asumimos la presencia de una violencia ejercida en contra de la persona atacada, incluso podemos decir que mucho del efecto traumático de dicho ataque sexual tiene que ver con su componente agresivo. Es importante advertir que la teoría del trauma (la agresión sexual) y el concepto fundamental de “fijación al trauma” fue invocado siempre como un factor explicativo tanto de las histerias como de las neurosis obsesivas. De la misma forma, un concepto central para la teoría psicoanalítica del Complejo de Edipo, me refiero a la angustia de castración, tiene que ver con una ansiedad derivada de la fantasía de poder sufrir una emasculación del pene; es decir, una brutal agresión física mutilante. El que la

agresión esté referida a un órgano sexual, no quita el hecho de que se trata de una acción destructiva en contra de la integridad del sujeto.

En los *Estudios sobre la histeria* (Breuer y Freud, 1895), el historial de Anna O. nos ofrece material abundante sobre el papel desempeñado por los impulsos agresivos en la determinación del cuadro histérico (las fantasías oral-sádicas de morder y/o envenenar, los deseos de muerte hacia el padre enfermo, etc.) Y lo mismo ocurría con Emmy von N. que presentaba aquel el chasquido que transgredía agresiva y desafiantemente la necesidad de silencio, así como en Elizabeth von R. el amor (es decir, la sexualidad) al cuñado no ofrecía problemas, pero sí le perturbaban los deseos homicidas (los instintos agresivos) destinados a desembarazarse de la hermana. Desde este estudio inaugural sabemos que los afectos agresivos pueden ser descargados: a) mediante actos motores (el músculo es el órgano efector de la agresión, decía Freud); b) por una acción verbal simbólica (el “dicho colérico”, como le llamaba Breuer); o, c) mediante una acción proyectada y planeada (como cuando se concibe y ejecuta una venganza). En este mismo trabajo, advertimos que Breuer fue el primero en hablar de la presencia de un instinto (*Instinkt*) agresivo en los humanos.

Un poco más adelante, en los *Tres ensayos de teoría sexual*, la agresión es visualizada sólo como formando parte de los instintos sexuales. Como parte de estos se conciben tanto al sadismo (oral y anal) como al masoquismo -a los que en un momento dado califica de “instintos de crueldad”- así como a los no muy sistematizados instintos de apoderamiento (la voluntad de poder nietzschiana), y de saber (como parte de la escoptofilia). Advertamos que Freud nos dice en este texto: “Los instintos de contemplación, exhibición y crueldad... existen ya en la infancia, aunque con plena independencia de la actividad sexual erógena”, aunque al parecer no hizo caso de sus propias intuiciones.

En el “caso Juanito” es claro que Freud (1909a) pone el acento en la angustia de castración -es decir, en la violencia parental, en este caso una amenaza de agresión de la madre- que se exterioriza en una fobia: el temor de ser mordido por un caballo. Aquí Freud también hace referencia a los componentes instintivos reprimidos en el pequeño Hans: esencialmente, sentimientos hostiles y celosos hacia el padre e impulsos sádicos que tenían que ver con una fantasía del coito parental. Pese a ello, en este escrito se encargó de

polemizar con A. Adler quien, desde 1908, hablaba e insistía en la presencia de un instinto agresivo.

Obviamente, el “Hombre de las ratas” (Freud, 1909b) -el abogado Ernst Lanzer- es un auténtico tratado de psicopatología en torno de los instintos agresivos, ya que se trata de un hombre “atormentado por un impulso criminal”. Lanzer a duras penas podía reprimir los sentimientos crueles, agresivos y hostiles en contra del padre, de la novia, etc. En la psicodinamia de este caso, la agresión es vista como determinada por el sadismo anal, el sadismo oral y se beneficia de la certeza del paciente en la omnipotencia de su pensamiento. En la transferencia, una muy hostil transferencia negativa se manifestaba tanto en contra de Freud, como de su hija y de su madre. Eventualmente en este caso asistimos al hecho de que la culpa puede transmitirse de una generación a la siguiente.

El estudio sobre la agresión se continúa en *La disposición a la neurosis obsesiva* (Freud, 1913), donde Freud señala con claridad que en los obsesivos siempre hay una necesidad de ocultar su agresividad, trabajo en el que hace suya una frase de Stekel para decirnos que “el odio es el precursor del amor.”

En *Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci* (Freud, 1910), nos explica como en este genio hay una clara inhibición de la agresividad hasta el extremo de negarse a comer carne -dado que esto implicaría *matar* animales [es interesante que los vegetarianos nunca dicen nada acerca de matar plantas]-, pese al hecho de, simultáneamente, proyectar máquinas de guerra de lo más mortíferas. De la misma forma, en 1911, su análisis sobre el caso del juez Schreber está plagado de referencias a la violencia: desde el “almicidio”, ejercido por su padre, hasta las amenazas de castración de su médico Flechsig y su delirante transformación en mujer. El seguimiento posterior realizado por Schatzman (1973) ratifica, por si hiciera falta, el papel ejercido por la brutal agresión parental. De hecho, entendemos que las fantasías de destrucción del mundo de los pacientes psicóticos -correspondientes a la destrucción del Yo- son una de las formas más típicas de advertir la fuerza de los devastadores impulsos destructivos.

Una de las obras más queridas por Freud, *Tótem y tabú* (1912-13) son una referencia obligada para enfatizar la importancia del asesinato primordial (es decir, la agresión

parricida) y su influencia en la constitución de la cultura y la civilización. Es claro que el parricidio es el resultado de la anterior agresión sistemática del padre en contra de los hijos y los demás súbditos débiles de su tribu, de ahí que el filicidio puede entenderse tanto como una forma de infanticidio sistemático y, en su forma atenuada, como el origen del ritual de la circuncisión.

Al parecer, en las *Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte*, de 1915, Freud ya comenzaba a intuir que no bastaba con los instintos sexuales y los de autoconservación y que podría muy bien suceder que Alfred Adler no estuviese tan desencaminado cuando insistía en la importancia de los impulsos agresivos en la constitución de los seres humanos. Freud acabó dándole la razón a Hobbes en el *Leviatan* (1651) y su tesis sobre la necesidad del hombre de renunciar a su constitucional violencia personal con el fin de establecer al Estado (que pasó a ser el depositario de la violencia de todos los individuos). De la misma forma, la cotidiana constatación de la muerte en esos días de la llamada Gran Guerra (1914-18) hicieron que dedicara una serie de reflexiones sobre la muerte en *Lo precedero* (Freud, 1916). También en las *Lecciones introductorias al psicoanálisis*, da cuenta de la agresión ejercida pasivamente, por ejemplo en forma de negligencia, como ocurre en los padres de hijos “ilegítimos” o indeseados, niños que devienen delicados y sujetos a más enfermedades que los hijos legítimos -lo que apunta en dirección a la problemática del filicidio tanto consciente como inconsciente.

Finalmente, en el historial de Sergei Pankoff, el “Hombre de los lobos” (Freud, 1918), advertimos como el inicio del cuadro clínico tiene que ver con síntomas del orden de lo agresivo: irritabilidad, violencia, crueldad con los animales, maltrato a su nana, al tiempo que él era martirizado por su hermana cuando ésta le enseñaba la lámina con un lobo erguido y amenazador. Este caso, junto con el trabajo *Pegan a un niño* (escrito de 1919 y basado en la problemática de su hija Anna), son esenciales para entender la patología sado-masoquista.

Solo quedaría, como curiosidad, mencionar al precursor directo del juego *fort-da* de su nietecito en *Un recuerdo infantil de Goethe en Poesía y verdad* (Freud, 1917), donde Freud establece la relación entre la rabia homicida del niño ante un hermanito recién nacido, su desplazamiento en la crueldad hacia los animales y su simbolización en el arrojar a la calle toda la vajilla familiar.

Como podemos advertir, antes de 1920, Freud aún no tenía una teoría coherente en torno de la agresividad, pese a que con frecuencia se había referido a ella. Antes de *Más allá del principio del placer* podemos advertir una mezcla un tanto anárquica y sin sistematizar de conceptos como hostilidad, agresión, destructividad, etc., o sus “derivados”, odio, celos, envidia. Tampoco habían quedado adecuadamente definidos los pares antitéticos sadismo-masoquismo como las formas activa y pasiva de un instinto sexual parcial, y aun pobremente definidos como impulsos agresivos.

¿Logró el concepto de instinto de muerte llenar ese hueco conceptual? Si repasamos brevemente lo innovado con este concepto de instintos de muerte, un aspecto primordial a destacar es la noción de que para Freud, morimos como consecuencia de causas internas, por la acción de una fuerza que tiende a la destrucción del individuo: es el instinto de muerte. Por otra parte, a partir de su postulación en la tercera teoría instintiva, la vida será concebida como el resultado de una tensión y conflicto entre los instintos de vida y los de muerte. La caracterización de estos instintos será la siguiente: los instintos de vida o Eros universal tienen una fuerza vinculante y tienden hacia la unión, a la conformación de unidades cada vez mayores y de complejidad creciente. El instinto de muerte, por el contrario, tiende a la desunión, desvincula y destruye los lazos, por lo que tiende a la disolución de la materia vida. Al final -nos dice Freud- el instinto de muerte siempre ganará la batalla, pues todos los seres vivos acaban muriendo. En este sentido, la vida podría ser entendida como una suerte de rodeo que dan los instintos de vida para terminar rindiéndose al poder del instinto de muerte. Al mismo tiempo, una nueva caracterización del concepto de instinto hizo que el concepto de compulsión a la repetición cobrara nueva importancia. Ahora este tipo de compulsión repetitiva era pensada como la forma esencial del comportamiento instintivo: todo instinto -nos dice Freud- repite con el fin de llevar al sujeto regresivamente hasta su origen en lo inanimado. Pese a no ser una idea nueva, puesto que desde *Recuerdo, repetición y elaboración* (1914) Freud ya nos había hablado de esta propiedad en relación a la transferencia y como resultado de la “fijación al trauma”, su exposición no es demasiado clara ya que en este trabajo habla de “repetición” y “compulsión repetitiva” como si fuesen la misma cosa. Sin embargo, en este escrito relaciona dicho fenómeno con la transferencia -una manifestación libidinal que emerge en el curso de la cura- y lo relaciona con la necesidad de elaboración psíquica, es decir, con el trabajo mental por excelencia, mientras que en *Más*

allá... postula que la compulsión a la repetición solo provoca displacer y dolor, por lo que se ha encontrado -gracias a las neurosis traumáticas de guerra y al juego de su nietecito- con una manifestación psíquica que no se corresponde con lo esperable desde el Principio del placer..

Sabemos que todos los seres vivos -a partir de los organismos multicelulares de reproducción sexuada- están destinados a morir luego de haber cumplido una serie de funciones. Por ello, Freud pensaba, con sobrada razón, que el instinto de muerte estaba basado en determinantes biológicas, al igual que los instintos sexuales. Pensamos que a Freud no le dio tiempo para repensar todo el aparato conceptual, teórico, clínico y técnico, del psicoanálisis para ser congruente con una nueva metapsicología y una distinta comprensión psicopatológica acordes con la trascendencia de los cambios operados tanto en su tercera teoría instintiva como en su postulación de una segunda tónica. Es claro que, pese a lo longevo de su existencia, la vida ya no le alcanzó para entender y escribir sobre los cambios que se requerían, y aunque pudo explorar cabalmente algunos temas importantes, hay capítulos enteros huérfanos de este tipo de revisión.

En principio, la tercera formulación freudiana de su teoría instintiva, y la aparición en ella de un instinto de muerte, no fue fácil ni para Freud ni para el resto de la comunidad analítica; de hecho, el concepto de “instinto de muerte” es uno de los más controvertidos, discutidos y denostados dentro de la obra freudiana. Lo importante es entender que la nueva conceptualización de la teoría instintiva vino a poner en predicamento muchas de las bases clásicas del psicoanálisis. Ha sido un concepto que, haciendo honor a su nombre, ha escindido a la comunidad psicoanalítica en dos bandos, al parecer, no conciliables: por un lado, aquellos que la aceptaron desde el primer momento y, por el otro, quienes la rechazaron y abjuraron de dicha teoría instintiva.

Entre los primeros en influir sobre el pensamiento freudiano, fue el cuestionamiento de Abraham sobre la falta de coherencia de los problemas derivados de la agresión sádica, tanto oral como anal, con la teoría de la libido. Había la necesidad de reconocer a la agresión y la destructividad como independientes del campo de lo erótico (Abraham, 1924a, 1924b). En “El psicoanálisis y las neurosis de guerra”, de 1921, ya este autor se preguntaba acerca del tipo de fuerza que podía provocar “la renuncia a todos los privilegios narcisistas”, y

promover que los individuos estuviesen en disposición de morir y de matar. Sin embargo, ni Abraham ni Ferenczi (cuyos aportes de 1913 en relación al desarrollo del sentido de la realidad fueron fundamentales) aceptaron la teoría de un instinto de muerte. Tampoco Fairbairn (1940), quien introdujo el componente esquizoide de lo que luego sería la posición esquizo-paranoide de M. Klein, tampoco él incorpora dicho concepto de pulsión de muerte entre sus conceptualizaciones.

Tuvo que venir la poderosa figura de Melanie Klein, la gran discípula de Ferenczi y Abraham, para aceptar y asumir la noción de una pulsión de muerte, aceptación que fue seguida por casi todos sus seguidoras (Klein, 1947, 1948, 1957; Klein y Riviere, 1937), con señaladas excepciones como es el caso de Donald W. Winnicott (1958, 1965, 1971, 1977) que simplemente no toma en cuenta al concepto de instinto de muerte dentro de sus múltiples trabajos; tampoco John Bowlby (1969) la menciona en sus desarrollos sobre la teoría del apego. En cambio Klein hace del instinto de muerte el centro de algunas de sus teorizaciones más importantes; de esta forma vemos como el fenómeno de la angustia y la culpa, más allá de los conceptos freudianos desarrollados en sus primeros trabajos (*Las psiconeurosis de defensa*, 1894; los dos trabajos de 1895 sobre la neurosis de angustia; y *Nuevas observaciones a las neuropsicosis de defensa*, 1896), sobre su primera noción acerca de la angustia que era pensada como un derivado tóxico de una libido estancada, o su segunda aproximación en *Inhibición, síntoma y angustia* (1925), en donde la concibe como angustia automática o como una importante señal psíquica que previene sobre el peligro, pero que en ambos casos es un “producto del estado de desvalimiento psíquico del lactante” (Laplanche y Pontalís, 1968, p. 28); más allá de las dos teorías de Freud, repetimos, M. Klein concibe a la angustia como un derivado directo de la pulsión de muerte. Para esta autora “la ansiedad es provocada por el peligro que amenaza al organismo proveniente del instinto de muerte; y sugerí que ésta es la causa primaria de la ansiedad.” (Klein, 1948, p. 238). Para esta destacada psicoanalista, la angustia es una de las manifestaciones, quizás la más común y frecuente, del instinto de muerte. Lo mismo sucede con el concepto de envidia (Klein, 1957), afecto que representa un derivado directo de la pulsión de muerte. De manera muy interesante, advertimos que tanto la angustia como la envidia, son afectos sumamente desagradables, disruptivos, y ambos tienen efectos desorganizantes sobre la estructura psíquica. Angustia y envidia pueden desorganizar al psiquismo lo que nos habla de su fuerza desvinculadora; sus efectos

deletéreos sobre el pensamiento y sobre los procesos psíquicos en general que pueden ser devastadores, como puede verse en los cuadros en los que se presenta como angustia-pánico.

De la misma forma, una de sus más cercanas colaboradoras -Paula Heimann (1952)- también adhiere a la teoría de un instinto de muerte y agrega que con cierta frecuencia se le observa clínicamente como predisposición a los accidentes. De la misma forma, advierte la presencia de los instintos de muerte en la explicación de aquellos casos en los que constatamos conductas en las que vemos una crueldad excesiva o en los casos de ciertos crímenes que son llevados a cabo con una crueldad salvaje. Entre otras cosas, es común encontrar este tipo de fenómenos en los llamados “crímenes sexuales”, en los que, paradójicamente, podemos intuir una clara desmezcla pulsional, que explica la crueldad y perversidad de dichas conductas anómalas. Por su parte Joan Rivière (1952), otra de las cercanas a Klein, insiste en la pertinencia del instinto de muerte como fundamental para explicar los cuadros de melancolía o los síndromes depresivos de todo tipo.

Finalmente R.E. Money-Kyrle (1955), también dentro de la corriente kleiniana, nos ofreció una revisión crítica del concepto freudiano de instinto de muerte. Para lo anterior, basó sus argumentos en conceptos biológicos -lo mismo que Freud- y pasa revista a su utilidad desde la perspectiva de la teoría de la evolución darwiniana, por lo que concluyó que, desde este punto de vista, los instintos de muerte no tenían ningún tipo de sustento epistemológico, dado que la evolución tiende, por el contrario, a la preservación de la vida. Sin embargo, al final, y echando mano del concepto físico de entropía intentó ofrecernos un sustento para la noción de unos instintos de muerte que estarían en la base misma de sus argumentaciones biológicas. Opinión muy discutible y, quizás, con muy poco sustento, dado que la entropía es una ley de la termodinámica para explicar el comportamiento de los gases en un espacio cerrado, y los organismos vivos, son, por definición, sistemas abiertos.

Dado que el desarrollo psicoanalítico en el cono sur de nuestro continente estuvo comandado por analistas que se había formado bajo una fuerte influencia kleiniana, era obvio que en la Argentina y en el Uruguay, la teoría de la pulsión de muerte estuviera muy vigente en los inicios del psicoanálisis conosureño (Garma, Rascovsky, Langer, Racker, Grinberg, los Baranger, Rodrigué y otros). Esta orientación promovió que fenómenos clínicos como la Reacción Terapéutica Negativa o el letargo contratransferencial (Cesio, 1958, 1960, 1960 y

1962), estuvieren muy coloreados por las ideas kleinianas, y que Arnaldo Rascovsky (1960) las llevara hasta la invención de un psiquismo fetal.

Hay que decir que también surgieron trabajos críticos y muy bien meditados como fueron las reflexiones que nos legó Terencio Gioia, que es uno de los que, en la Argentina, llevó a cabo una revisión crítica del concepto de instinto de muerte. Este psicoanalista empezó, justamente, por una crítica del empleo generalizado del término pulsión, pues consideró no sólo que no era correcto desde la perspectiva terminológica, sino que no hacía justicia al concepto mismo con el que Freud se refirió a estas fuerzas que, emergiendo del cuerpo, llegan al aparato psíquico (Gioia, 1977). Para Gioia fue importante reivindicar el término instinto, tesis muy semejante a la que yo mismo esgrimí hace algún tiempo (Vives, 2013), enfatizando que el propio descubridor del psicoanálisis empleó la palabra *instinkt* sólo en muy pocas ocasiones y siempre referido a una forma de conducta rígida e inmodificable existente en los animales. *Triebe*, por su parte, fue la forma de conceptuar al instinto en los seres humanos.

Gioia se propuso llevar a cabo su estudio crítico desde las vertientes propiamente psicoanalítica (1977), biológica (1981) y epistemológica (1983). Para lo anterior, este autor se propuso rastrear las nociones freudianas de instinto desde tres momentos paradigmáticos: desde sus primeras formulaciones en los *Tres ensayos...* de 1905, donde sostiene la existencia de instintos sexuales -al servicio de la especie- e instintos del Yo -al servicio de la autoconservación del individuo-, ambos basados en la noción de apoyo. Como bien dice Gioia, en esta primera formulación instintiva no hubo espacio para explicar algún tipo de instinto agresivo. El sadismo y otras conductas con componentes agresivos fueron explicados por Freud como parte de la característica *activa* del instinto sexual, activa tanto en hombres como en mujeres.

Luego de un segundo momento, que tuvo que ver con la *Introducción al narcisismo*, Freud tuvo que avanzar otro tramo en su teorizar debido a que, desde la perspectiva de Gioia, el descubridor del psicoanálisis no fue capaz de encontrar una explicación adecuada para la agresión, por lo que Freud tuvo que postular una tercera teoría instintiva. En la tercera teoría instintiva, Freud necesitó establecer una distinta concepción en relación a los instintos sexuales, ahora instintos de vida, y los instintos de muerte. Para este autor, la necesidad en

Freud de postular un instinto de muerte, tuvo que ver con dos razones principales: en primer término, por la necesidad de tener una teoría que explicara el fenómeno de la agresión; y, el segundo término, como base del concepto de compulsión a la repetición.

Desde la otra vertiente completamente distinta, tenemos a los teóricos de la llamada Psicología del Yo que, desde sus inicios con los trabajos de Anna Freud, no incluyeron los conceptos de instinto de muerte en sus teorizaciones. En los escritos de la Antígona que acompañó a Freud hasta su retiro en su Colono londinense, Anna Freud aunque sí hizo mención de la tercera teoría freudiana sobre los instintos de vida y de muerte, se mostró un tanto reticente para aceptar plenamente sus consecuencias teóricas y clínicas. Sus trabajos sobre la agresión no contemplaron la posibilidad de referirse directamente a la pulsión de muerte (Anna Freud, 1949a, 1949b). Es interesante que aunque Anna Freud (1949a) habló siempre en términos de *instinctive urge* o de deseos instintivos y no con el término inglés *drive*, y pese a que admite que existen la sexualidad y la agresión como tendencias instintivas polares, sus teorizaciones sobre la agresión infantil o la agresión psicótica derivan de ideas en torno a la mezcla o desmezcla de impulsos y nunca tocan el tema de un instinto de muerte en el curso de sus argumentaciones. De hecho, al término de este trabajo, se disculpa por no haber incluido comentarios sobre los instintos de vida y de muerte. En forma semejante, en otro trabajo muy representativo examina las teorías sobre la agresión (Anna Freud, 1949b), explicándola tanto como impulsos derivado de los “instintos del Yo” (como postulara Freud en *Más allá...*) y desde la teoría de la frustración como determinante de la agresión en los seres humanos, para luego pasar efectivamente a examinar la tercera postulación freudiana de instintos de vida e instintos de muerte; sin embargo, también en este escrito se muestra muy cauta y se inclina por una postura en la que nos advierte que la explicación del conflicto neurótico como derivado de la lucha entre ambos grupos de instintos, no basta -tal como se desprende en la clínica del tratamiento de niños- con acogerse a estas dos fuerzas, sino que ella prefiere destacar las modificaciones que la agresión es susceptible de sufrir en el curso del desarrollo, incluyendo las inhibiciones de la misma, las formaciones reactivas, la proyección, el desplazamiento y la vuelta hacia sí mismo de las fuerzas agresivas y destructivas -lo que explica toda psicopatología auto-destructiva y las tendencias suicidas.

Por su parte, los principales psicólogos del Yo como son Fenichel (1945), quien en su texto clásico no sigue a Freud en sus conceptos relacionados con un instinto de muerte, y Hartmann, Kris y Loewenstein (1949), gurús de la corriente estadounidense, quienes al resaltar que la energía de los instintos sexuales ha sido identificada ya que proviene de fuentes corporales, bioquímicas, y que, por el contrario, nunca se ha logrado sistematizar algún tipo de conocimiento sobre la energía de la pulsión de muerte (*mortido* y *destrudo* son términos que no prosperaron), debido a ello se adhieren al cuestionamiento del concepto freudiano debido a este hecho: el no haberse podido nombrar ese tipo de energía. Estos autores, tan importantes para los inicios de la psicología del Yo estadounidense, se decantaron hacia la conceptualización de una energía neutra, lo que desembocó en la idea de una suerte de autonomía primaria del Yo en términos energéticos. En forma similar, los autores cuestionan los fines de un posible instinto agresivo, es decir, una fuerza cuyo fin consiste en la destrucción de los objetos, tanto animados como inanimados, situación que no satisface dicho cuestionamiento dado que, en la clínica, es una pulsión que -en sus palabras- siempre se tiene que conformar con *menos*, ya que la libido siempre impide su descarga total. Desde cierta perspectiva, los autores consideran que los impulsos agresivos pueden ser modificados desde varias circunstancias: por desplazamiento de la agresión, debido a las mencionadas restricciones en el fin de dicho impulso, en virtud de procesos de sublimación de la energía agresiva, y finalmente, por su mezcla con elementos libidinales. De manera muy interesante, uno de los aspectos que estos autores abordan es el del placer que se experimenta con la descarga de los impulsos agresivos, inquietudes que comparten con las teorizaciones de Lacan en torno del goce y de la pasión por el cero o Principio de Nirvana. Hay que admitir, sin embargo, que dentro de los teóricos más o menos identificados con la Psicología del Yo, tenemos casos, como el de Karl Menninger (1938), Otto Kernberg (1975) y otros, quienes aceptan sin reservas y emplean la noción de un instinto de muerte en sus teorizaciones.

Por su parte, por lo que toca a las corrientes culturalistas del psicoanálisis, Erich Fromm en *Anatomía de la destructividad humana* (1975), establece dos tipos de agresión: una innata, al servicio de la defensa del individuo y de su integridad así como de la especie a la que pertenece; y la otra, aprendida, agresión maligna o destructividad, inherente sólo a la especie humana.

Por lo que toca a Lacan, luego de decir que la pulsión de muerte es una idea que “no es ni verdadera ni falsa. Es sospechosa...” (Lacan, 1986, p. 257), pasa de inmediato a desarrollar el concepto, principalmente en relación al llamado Principio de Nirvana y la tendencia al cero, es decir, la tendencia hacia la muerte. Su pensamiento, fuertemente influido por Hegel, pero principalmente por Heidegger, tiende a adherirse a la perspectiva existencial desde la cual el hombre es conceptualizado como “un ser para la muerte”. Como mencionamos anteriormente, un aspecto importante en el desarrollo lacaniano tiene que ver con el tipo de placer que se desprende del ejercicio o descarga de la pulsión de muerte, introduciendo así el concepto del “goce” como distintivo de la gratificación tanática, aunque luego embrolla un tanto el asunto -al menos desde mi perspectiva- al caracterizar al goce como prototípico de las perversiones, con lo que acerca, sin aclararlo, el concepto de perversión con el de perversidad. Se trata de un acercamiento problemático, pues en él se mezclan procesos que tienen que ver con los impulsos sexuales (las perversiones son fijaciones de la libido pre-genital de tipo polimorfo-perversa), con procesos que tiene que ver con la dimensión ética del mal y que, dado el caso, pertenecerían a la órbita de los impulsos tanáticos.

Otras voces del psicoanálisis francés también han discutido sobre el instinto de muerte. Laplanche (1970), por ejemplo, opina que habría que reservar los términos sadismo y masoquismo para hablar desde el terreno de la sexualidad, mientras que los términos agresión, violencia y destructividad podemos entenderlos como desligados de la escena de lo sexual y más allá del principio del placer. Y dado que no existe un término para nombrar a la pulsión de muerte (ya que el término *destrudo* no prosperó), este autor dice taxativamente que “la pulsión de muerte no tiene energía propia, la energía es la libido (Laplanche, 1979, p. 169). De ahí pasa a la muy peregrina conclusión de que hay dos tipos de pulsiones: las pulsiones sexuales de vida y las pulsiones sexuales de muerte (Laplanche, 1986, 1993), lo que, desde cierta perspectiva, podría ser visto como un contrasentido o, por lo menos, como un oxímoron.

Por su parte, André Green (1986) nos advierte que son los objetos los que nos dan la posibilidad de advertir la presencia de las pulsiones (el objeto crea a las pulsiones pero es la condición de su existencia), y define a la pulsión de vida por su función objetalizante y a la

pulsión de muerte por su función desobjetalizante. En otras palabras, la pulsión de vida crea al objeto mientras que la pulsión de muerte lo destruye, conceptos que, pensamos, siguen muy de cerca a Freud cuando habla de las funciones de ligadura y de desligadura de los instintos de vida y de muerte, respectivamente.

Luego de este brevísimo viaje conceptual, y más allá de posturas teóricas o ideológicas en relación a la tercera postulación instintiva de Freud, quedan una serie de preguntas o cuestiones no resueltas a cien años de su postulación, algunas de las cuales tiene que ver con:

1.- La noción de que el hombre es un “ser para la muerte”, en otras palabras, que somos deudores de un programa genético que tiene acotada la vida y que promueve la muerte del individuo una vez ha realizado ciertas funciones, y una de las más importantes, es el haberse reproducido (Cereijido y Blanck-Cereijido, 1997). Advirtamos que tanto la sexualidad como el morir están claramente determinados en nuestros engramas genéticos, y así como el programa sexual nos empuja en la busca del otro con el cual completarnos, el programa que determina la muerte puede quizás promover una suerte de tendencia o apetencia de la muerte -como quieren Rechartd e Ikonen (1984) en sus teorizaciones. Desde esta perspectiva, sería cuestionable que este programa genético para la muerte tuviese algo parecido a una “fuerza”; más bien se trata de un dispositivo que mientras no se dispara, no acusaría ningún tipo de manifestación. El hecho de que existan sujetos con mayor dotación libidinal o agresiva es un hecho de observación cotidiana; en otras palabras, tenemos razones para pensar en un factor cuantitativo -la fuerza- en relación a estos instintos. Entonces tenemos derecho de pensar que hablar de instintos agresivos quizás no sea lo mismo que hablar de instintos de muerte.

2.- Es posible que de lo anterior se derive un cuestionamiento de la tercera teoría instintiva de Freud, ya que una alternativa teórica es la de pensar en los instintos sexuales como una de las formas de manifestación de los instintos de vida o Eros, mientras que la agresión puede ser entendida como una de las manifestaciones de los instintos de auto-conservación o del Yo -y Freud andaba muy cerca de esta idea. En esta forma de entender

las cosas, quedan por explicar fenómenos que tienen que ver con la destructividad o como la llamada “agresión fría”, es decir, con manifestaciones que van definitivamente *más allá* de las necesidades defensivas del sujeto. De nueva cuenta, quizás la agresividad y la capacidad de violencia habría que distinguirlas del fenómeno de la destructividad. Matar fríamente al otro, cuando este se encuentra vencido y se ha entregado, desolar una población exterminando a todos sus ocupantes cuando claramente se ha ganado la batalla, son fenómenos que van *más allá* de lo estrictamente explicable desde la razón. Aquí es claro que intervienen otro tipo de factores.

3.- Los controvertidos conceptos de “repetición” y de “compulsión a la repetición” que no son sinónimos -pese a las ambigüedades del propio Freud- ya que, al parecer, la primera -la repetición- puede ser una de las formas del recuerdo y estar al servicio de la elaboración y por tanto de una tarea de ligadura, es decir, una labor típica de las pulsiones de vida; mientras que la segunda -la compulsión a la repetición- no permite ningún tipo de elaboración, sólo promueve dolor y transgrede el Principio del placer. Por cierto, de los ejemplos puestos por Freud, es posible que algunos casos de neurosis traumática de guerra correspondan a una fijación al trauma y resulten en una compulsión a la repetición siniestra y siempre dolorosa, mientras que en otros casos del mismo problema, la repetición del trauma -sobre todo en los sueños- está al servicio de una paulatina y lenta elaboración y, por tanto, a servicio del Eros. El juego del niño, el famoso *Fort-da*, a mí me parece un típico caso de repetición al servicio de la elaboración psíquica, idéntico a cuando los niños inyectan o les dan de nalgadas a sus muñecas. Finalmente, una cuestión muy contradictoria es que Freud establece que la compulsión a la repetición -una manifestación de la pulsión de muerte, según dejó establecido- en otro sitio se le cataloga como una de las formas de *adhesividad o viscosidad de la libido*. Si esto último es cierto, la compulsión repetitiva sería, como la repetición, lisa y llanamente una manifestación del Eros.

4.- El problema del origen de la pulsión de muerte es problemático ya que, hasta donde sabemos, no corresponde a una determinante somática ni a un componente bioquímico, es una pulsión que “no pulsa”. Si bien la biología molecular contemporánea ha acuñado el concepto de apoptosis o “muerte celular programada”, esta se refiere a las células y no al organismo pluricelular como un todo. La muerte de este último seguramente tiene

que ver con el programa genético ya mencionado. Debido a las dudas existentes en relación a su origen, tampoco podemos caracterizar al tipo de “fuerza” del que se trata. ¿Es algún tipo de anti-energía o de energía negativa? No lo sabemos.

5.- Esa tendencia del instinto de volver a un estado inorgánico del cual partió nos parece muy acorde con el *dictum* bíblico -polvo eres y en polvo te convertirás- ; sin embargo, muy poco sostenible teóricamente, ya que antes de nacer no éramos sustancia inorgánica, no éramos nada, simplemente porque no existíamos. De la misma forma, invocar una suerte de memoria que nos hace regresar a ese estado supondría algo tan absurdo como el de dotar de huellas mnémicas a la materia inorgánica. Quizás hay que aclarar que, cuando Freud habla de que la descarga de la pulsión promueve la regresión a un estado anterior, es claro que la pulsión luego de satisfecha regresa al punto anterior del que partió, es decir, al llamado Principio de constancia u homeostasis. Pretender que se regresa a lo inorgánico implicaría que el instinto, al descargarse, desembocaría en la muerte de individuo. La descarga regresa al instinto a su punto de partida, pero no se regresa a la no-vida.

Para terminar, no podría dejar de mencionar, luego de haber reseñado algunas de las opiniones en relación a tan debatida cuestión de la teoría psicoanalítica, mi postura personal. Desde mi perspectiva, podríamos formular cinco formas de fuerzas instintivas, a saber:

1.- Los instintos de vida, cuya función principal es la de ligadura, que incluyen de manera preponderante a los instintos sexuales de la primera teoría instintiva de Freud y están al servicio de la preservación de la especie. Una modalidad de este tipo instintivo, sería los tan discutidos instintos gregarios o sociales, dado que tienden a unir a los hombres en conjuntos cada vez más grandes y complejos, y son los que hacen posible la sociedad y la cultura.

2.- Los instintos de auto-conservación o instintos del Yo, al servicio de la preservación del individuo.

3.- Un programa genético para la muerte, que pienso es a lo que Freud se refiere cuando habla de instintos de muerte.

4.- Los instintos agresivos y destructivos, que pueden estar al servicio de los instintos de auto-conservación, de los instintos sexuales o de los instintos de muerte.

5.- Los instintos epistemofílicos, que promueven el conocimiento del medio ambiente con fines adaptativos, pero que suelen ir mucho más allá de este fin práctico.

Para terminar y como bien decía Freud en *El malestar en la cultura* (1930), la primera de las causas por las que el hombre no puede ser feliz, tiene que ver con el hecho de que el cuerpo humano está destinado a padecer enfermedades, a envejecer y a morir. ¿Hay algún tipo de solución para estas calamidades? Al parecer, ninguna. La medicina ha avanzado considerablemente, sin embargo, la enfermedad es imposible de evitar; incluso las aparentemente más simples, como es el caso de las infecciones, que no pueden ser desterradas del todo. Pese a los avances en las campañas de vacunación masiva, emergen pandemias como la Gripe española de 1918 (que por cierto empezó en territorio estadounidense) que se calcula mató a más de 50 millones de personas, o nuestra muy actual pandemia de Coronavirus. La vejez, por más medidas dietéticas, de ejercicio y vida sana que se recomienden, llega indefectiblemente. Y, como hemos visto, la muerte no sólo no es evitable, sino que constituye nuestro infaltable destino. ¿Qué queda por hacer? Quizás la mejor forma de morir fue la fantaseada por Yasunari Kawabata cuando en *La casa de las bellas durmientes* nos relata una modalidad, que se me ocurre podría ser la metáfora de una forma de *anfimixis* humana, en la que los ancianos a punto de morir reponen sus decrepitas energías al acudir a un peculiar burdel para acostarse junto a muchachas muy jovencitas y vírgenes. No se trata de relaciones sexuales ni mucho menos, sólo la posibilidad de estar en contacto con el cuerpo joven y lleno de vida de una muchacha y sentir, de nueva cuenta, la cercanía de la vida. De la misma forma, un poema de Sábines también nos hace saber del poder rejuvenecedor de la juventud sobre la gente de edad. Parecería que cuando en un sujeto hay una fuerte disminución de los instintos de vida propios, bueno puede ser acudir a los instintos de vida de otro -quien tiene para dar y regalar por ser una joven en plena pujanza sexual- con el fin de neutralizar los instintos de muerte del primero que están ganando en hegemonía.

Me dicen que debo hacer ejercicio para adelgazar,
que alrededor de los 50 años son muy peligrosos la grasa y el cigarro,
que hay que conservar la figura
y dar la batalla al tiempo, a la vejez (...)

La única recomendación que considero seriamente
 Es la de buscar mujer joven para la cama
 Porque a estas alturas
 La juventud sólo puede llegarnos por contagio.

Sabines. *Otros poemas sueltos*, 1973-1977

Aun así, seguir el consejo de Kawabata o de Sabines no evitará la muerte que, sin falta, siempre se presentará en su preciso momento.

Resumen

El trabajo pasa revista a los tres momentos de la teoría instintiva en Freud. A continuación se revisan algunas consideraciones en relación al papel de la agresión en la psicología y psicopatología de los seres humanos. Luego de mencionan a algunas de las corrientes psicoanalíticas post-freudianas tanto a favor como en contra del concepto de instintos de muerte. Finalmente, se establecen algunas conclusiones preliminares sobre la pertinencia o no del concepto de instinto de muerte.

Palabras clave: *Más allá del principio del placer* – instinto de muerte

Summary

These work reviews the three moments of instinctive theory in Freud. Immediately are some considerations regarding the role of aggression in the psychology and psychopathology of humans. After that, the author mentions some of the post-Freudian psychoanalytic currents both for and against the concept of death instincts. Finally, some preliminary conclusions are drawn on the relevance or not of a death instinct.

Key words: Beyond the Pleasure Principle – Death drive

Bibliografía

ABRAHAM, K. (1921): El psicoanálisis y las neurosis de guerra, en: *Estudios sobre Psicoanálisis y Psiquiatría*, trad. de Daniel Ricardo Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1961, pp. 57-64

ABRAHAM, K. (1924a): La influencia del erotismo oral sobre la formación del carácter, en: *Psicoanálisis clínico*, trad. de D.R. Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959, pp. 301-310

ABRAHAM, K. (1924b): Un breve estudio de la evolución de la libido, considerada a la luz de los trastornos mentales, en: *Psicoanálisis clínico*, trad. de D.R. Wagner, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1959, pp. 319-381

BOWLBY, J. (1969): *Una base segura. Aplicaciones clínicas de una teoría del apego*, trad. de Elsa Mateo, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1989

BREUER, J. y FREUD, S. (1895): Estudios sobre la histeria, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. I: 39-168

CESIO, F. (1958): Actualización. La reacción terapéutica negativa, *Rev. de Psicoanálisis*, XV (3): 293-299

CESIO, F. (1960): El letargo. Una contribución al estudio de la reacción terapéutica negativa, *Rev. de Psicoanálisis*, XVII (1): 10-26

CESIO, F. (1960): II: Contribución al estudio de la reacción terapéutica negativa, *Rev. de Psicoanálisis*, XVII (3): 289-298

CESICO, F. (1962): El letargo, la melancolía y el duelo en la reacción terapéutica negativa, *Rev. de Psicoanálisis*, XIX (4): 317-322

CEREIJIDO, M. y BLANCK-CEREIJIDO, F. (1997): *La muerte y sus ventajas*, Fondo de Cultura Económica, México

CIFALI, M. (2004): Error de instinto, en Plon, M. y Rey-Flaud, H. (dir.): *La pulsión de muerte. Entre psicoanálisis y filosofía*, trad. de Irene Agoff, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2006, pp. 41-47

FAIRBAIRN, W.R.D. (1940): Factores esquizoides de la personalidad, en: *Estudio psicoanalítico de la personalidad*, trad. de Hebe Friedenthal, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1962, pp. 19-40

FENICHEL, O. (1945): *Teoría psicoanalítica de las neurosis*, trad. de Mario Carlisky, Ed. Paidós, 3ª ed., Buenos Aires, 1966

FERENCZI, S. (1913): Stages in the Development of the Sense of Reality, in: *Sex in Psychoanalysis*, trans. By Ernest Jones, Dover Publ., New York, 1956, pp. 181-203

FREUD, A. (1949a): Aggression in Relation to Emotional Development: Normal and Pathological, *The Psychoanalytic Study of the Child*, III/IV: 37-42

FREUD, A. (1949b): Notes on Aggression, in: *The Writings of Anna Freud, Vol. IV (1945-1956)*, Int. Univ. Press, New York, pp. 60-74

FREUD, S. (1894): Las neuropsicosis de defensa. Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas y de ciertas psicosis alucinatorias, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. I: 169-177

FREUD, S. (1895a): La neurastenia y la neurosis de angustia. Sobre la justificación de separar de la neurastenia cierto complejo de síntomas a título de ‘Neurosis de Angustia’, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. I: 183-198

FREUD, S. (1895b): Crítica de la neurosis de angustia, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. I: 199-208

FREUD, S. (1896): Nuevas observaciones sobre las neuropsicosis de defensa, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. I: 286-298

FREUD, S. (1905): Tres ensayos para una teoría sexual, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1169-1237

FREUD, S. (1909): Análisis de la fobia de un niño de cinco años, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1365-1440

FREUD, S. (1909): Análisis de un caso de neurosis obsesiva, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1441-1486

FREUD, S. (1910): Un recuerdo infantil de Leonardo de Vinci, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1577-1619

FREUD, S. (1911): Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (“Dementia paranoides”) autobiográficamente descrito, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1487-1528

FREUD, S. (1912-13): Tótem y tabú, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, 1973, Vol. II: 1745-1850

FREUD, S. (1913): La disposición a la neurosis obsesiva. Una aportación al problema de la elección de neurosis, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1738-1743

FREUD, S. (1914): Introducción al narcisismo, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2017-2033

FREUD, S. (1914): Recuerdo, repetición y elaboración, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1683-1688

FREUD, S. (1915): Los instintos y sus destinos, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2039-2052

FREUD, S. (1915): Consideraciones de actualidad sobre la guerra y la muerte, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2101-2117

FREUD, S. (1916): Lo precedero, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2118-2120

FREUD, S. (1915-1916; 1916-1917): Lecciones introductorias al psicoanálisis, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 2123-2412

FREUD, S. (1917): Un recuerdo infantil de Goethe en “Poesía y verdad”, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2437-2443

FREUD, S. (1918): Historia de una neurosis infantil, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. II: 1941-2009

FREUD, S. (1919): Pegan a un niño, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2465-2480

FREUD, S. (1920): Más allá del principio del placer, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2507-2541

FREUD, S. (1921): Psicología de las masas y análisis del Yo, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2563-2610

FREUD, S. (1925): Inhibición, síntoma y angustia, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 2833-2883

FREUD, S. (1930): El malestar en la cultura, en: *Obras completas*, trad. de Luis López-Ballesteros, Biblioteca Nueva, 3ª ed., Madrid, Vol. III: 3017-3067

FROMM, E. (1975): *Anatomía de la destructividad humana*, trad. de Félix Blanco, Siglo veintiuno ed., 17ª ed., México, 2000

GIOIA, T. (1977): Ensayo crítico acerca de la hipótesis psicoanalítica del instinto de muerte, *Rev. de Psicoanálisis* (Argentina), XXXIV (2): 269-356

GIOIA, T. (1981): El concepto del instinto de muerte. Reflexiones críticas sobre sus fundamentos biológicos, *Psicoanálisis* (ApdeBA), III (2-3): 587-621

GIOIA, T. (1983): Consideraciones acerca de la hipótesis del instinto de muerte, desde un punto de vista epistemológico, *Psicoanálisis* (ApdeBA), V (1): 19-27

GREEN, A. *et al.* (1986): *La pulsión de muerte*, trad. de Silvia Bleichmar, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1991

HARTMANN, H.; KRIS, E. y LOEWENSTEIN, R. (1949): Notes on the Theory of aggression, *The Psychoanalytic Study of the Child*, III/IV: 9- 36

HEIMANN, P. (1952): Nota sobre la teoría de los instintos de vida y de muerte, en Klein, M.; Heimann, P.; Isaacs, S. y Rivière, J.: *Desarrollos en Psicoanálisis*, trad.de Hebe Friedenthal, Ed. Hormé, 2ª ed., Buenos Aires, 1967, pp. 277-289

HOBBS, T (1651): *Leviatán*, trad., prólogo y notas de Carlos Mellizo, El Altaya, Barcelona, 1994

KAWABATA, Y. (1961): *La casa de las bellas durmientes*, trad. de pilar Giralt, Ed. Orbis, Barcelona, 1985

KERNBERG, O. (1975): *Borderline Conditions and Pathological Narcissism*, Jason Aronson, New York

KLEIN, M. (1947): *Contribuciones al psicoanálisis*, trad. de Hebe Friedenthal, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1964

KLEIN, M. (1948): Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa, en Klein, M.; Heimann, P.; Isaacs, S. y Rivière, J.: *Desarrollos en Psicoanálisis*, trad. de Hebe Friedenthal, Ed. Paidós, 2ª ed., Buenos Aires, 1967, pp. 235-251

KLEIN, M. (1957): *Envidia y gratitud. Emociones básicas del hombre*, trad. de Vera S. de Campo, Ed. Hormé, 2ª ed., Buenos Aires, 1971

KLEIN, M. y RIVIERE, J. (1937): *Amor, odio y reparación. Emociones básicas del hombre*, trad. de David Liberman, Ed. Hormé, Buenos Aires, 1969

LACAN, J. (1986): *El Seminario 7. La Ética del Psicoanálisis*, trad. de diana S. Rabinovich, Ed. Paidós, 1ª reimpr., Buenos Aires, 1988

LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.-B. (1968): *Diccionario de Psicoanálisis*, trad. de Fernando Cervantes Gimeno, Ed. Labor, 1ª reimpr. de la 2ª ed., Barcelona, 1977

LAPLANCHE, J. (1970): *Vida y muerte en psicoanálisis*, trad. de Matilde Horne, Amorrortu ed., Buenos Aires, 1973

LAPLANCHE, J. (1986): La pulsión de muerte en la teoría de la pulsión sexual, en Green, A. et al.: *La pulsión de muerte*, trad. de Silvia Bleichmar, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1991, pp. 15-34

LAPLANCHE, J. (1993): *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*, trad. de Silvia Bleichmar, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1998

LEMÉRER, B. (2004): La pulsión de muerte: una “especulación psicoanalítica”, en Plon, M. y Rey-Flaud, H. (dir.): *La pulsión de muerte. Entre psicoanálisis y filosofía*, trad. de Irene Agoff, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2006, pp.19-32

MENNINGER, K. (1938): *El hombre contra sí mismo*, trad. de Pedro Debrigode, Ed. Península, Barcelona, 1972

MONEY-KYRLE, R.E. (1955): Una contribución no definitiva a la teoría del instinto de muerte, en Klein, M.; Heimann, P. y Money-Kyrle, R.E. (eds.): *Nuevas direcciones en psicoanálisis*, trad. de Samuel Zysman, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1965, pp. 478-488

PLON, M. y REY-FLAUD, H. (dir.)(2004): *La pulsión de muerte. Entre psicoanálisis y filosofía*, trad. de Irene Agoff, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2006

POISSONNIER, D. (1998): *La pulsión de muerte. De Freud a Lacan*, trad. de Horacio Pons, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 1999

RASCOVSKY, Arnaldo (1960): *El psiquismo fetal*, Ed. Paidós, 2ª ed., Buenos aires, 1977

RECHARDT, E. e IKONEN, P. (1984): A propósito de la interpretación de la pulsión de muerte, en Green, A. et al.: *La pulsión de muerte*, trad. de Silvia Bleichmar, Ed. Amorrortu, Buenos Aires, 1991, pp. 79-96

REVAULT D'ALLONNES, M. (2004): Pulsiones de muerte e intratable socialidad, en Plon, M. y Rey-Flaud, H. (dir.): *La pulsión de muerte. Entre psicoanálisis y filosofía*, trad. de Irene Agoff, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2006, pp. 33-39

REY-FLAUD, H. (2004): Rostros de la pulsión de muerte, en Plon, M. y Rey-Flaud, H. (dir.): *La pulsión de muerte. Entre psicoanálisis y filosofía*, trad. de Irene Agoff, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2006, pp. 13-18

RIVIÈRE, J. (1952): Introducción general, en Klein, M.; Heimann, P.; Isaacs, S. y Rivière, J.: *Desarrollos en Psicoanálisis*, trad. de Hebe Friedenthal, Ed. Hormé, 2ª ed., Buenos Aires, 1967, pp. 19-47

SABINES, J. (1977): *Nuevo recuento de poemas*, Ed. Joaquín Mortiz, 3ª ed. aumentada, 8ª reimpr., México, 1990

SCARFONE, D. (2004): *Las pulsiones*, trad. de Emilio Bernini, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires, 2005

SCHATZMAN, M. (1973): *El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria*, trad. de Rafael Mazarrasa, Siglo veintiuno ed., Madrid, 1977

SPIELREIN, S. (1912): Die Destruktion als Ursache der Werdens, *Jahrbuch für psychoanalytische und psychopathologische Forschungen, Jahrbuch der Psychoanalyse*, vol. 4, pp. 465-503

STEKEL, W. (1911): *El lenguaje de los sueños*, trad. de Carlos F. Grieben, Ed. Imán, Buenos Aires, 1954

VIVES, J. (2006): La constitución del aparato psíquico, *Psiquiatría (México)*, Época 2, Vol. 22 (3): 29-31

VIVES, J. (2013): *La muerte su pulsión. Una perspectiva freudiana*, Ed. Paidós, México

WINNICOTT, D,W, (1958): *Escritos de pediatría y psicoanálisis*, trad. de Jordi Beltrán, Ed. Laia, Barcelona, 1981

WINNICOTT, D,W, (1965): *El proceso de maduración en el niño. Estudios para una teoría del desarrollo emocional*, trad. de Jordi Beltrán, Ed. Laia, 3ª ed., Barcelona, 1981

WINNICOTT, D.W. (1971): *Realidad y juego*, trad. de Floreal Maziá, Ed. Gedisa, Barcelona, 1978

WINNICOTT, D.W. (1977): *Psicoanálisis de una niña pequeña (The Piggie)*, trad. de Horacio Vázquez Rial, Ed. Gedisa, México, 1989